

y cuando salió dexó mandado á..... (1) y á..... que le sacasen su cama á la sala y allí la aderezasen. Salió S. A. y fué á baxar la escalera, yo iba delante y llamóme y mandóme que le ayudase, y al cabalgar en su acanea y al apearse mandóme que le ayudase diciéndome: «Dadme la mano» y llamóme delante de todos. Y despues de apeada para ir entrar en la iglesia, yo me puse delante, llamóme y dixome «ayudadme» y tomóme de la mano, y así, tiniéndose á mi mano, anduvo toda la iglesia, fasta que se asentó. No le pusieron el estrado á su placer, quísole mudar en otra parte y llamóme para esto si se mudaría, porque estaba más cerca del cuerpo del Rey y así mudóse; y hablóme allí adonde ponian las hachas para el dia de Todos Santos y mandó á Alonso Dalba que pusiese L hachas; é porque él le dixo que no solian poner sino treinta vino á palacio en la misma manera..... Subimos á la sala y ya su cama está puesta y aderezada enfrente delante de la puerta de la sala; cómo estaba en la cámara, de aquella manera está en la sala.

.....

(1) Estan algo borrosos estos dos nombres.

LXXV.

CARTA DEL DOCTOR SANTA CARA, ANTIGUO MÉDICO DE LA REINA DOÑA JUANA, AL EMPERADOR. (*Tordesillas, 10 de Mayo de 1555.*) (1).

El doctor Santa Cara, médico que ha seido de la Reina nuestra Señora, muy obediente vasallo y cierto servidor de V. M. besando con el acatamiento que debo los piés y manos de V. M., hago saber á V. M. que á la meatad deste mes de hebrero, continuando la Reina nuestra Señora sus baños acostumbrados, por nuestra desventura la postrera vez los recibió con más calor que otras veces, tanto que desto se le levantaron en la una espalda y en la nalga unas ampollas ó vesicaciones con harto calor y encendimiento en ellas. Y quexándose mucho de ellas, pidió á las lavanderas que le diesen agua tibia para lavárselas, que ya estaban hechas llagas con alguna materia; y al tiempo que se lavaba toda desnuda, hubo lugar para poderlas yo ver sin que S. A. lo supiese, y se proveyó luego de sumos y aguas al caso convenientes; y con creer que era agua del río, se lavó con esto siete ó ocho dias y quedó sin llaga ninguna ni quexarse dellas. Y como hubiese más

(1) Arch. de Simánca.

de dos años que S. A. estaba tollida é impedida de todo movimiento de la meatad del cuerpo abaxo, estaba muchos dias acostada de un lado sin moverse, y más en estos dias que, por estar el lado debaxo tan sentido, no consentia que la moviesen, y allí hacia la orina y estiércol y pasaba algunos dias sin consentir que la limpiasen, de donde tornaron á hacerse las llagas peores. Fue necesario hacerse alguna fuerza á S. A. para limpiarla y curarla y ponerla en cama limpia, y entonces se le pareció, al tiempo de volverla, una llaga baxo en la nalga izquierda algo negra malignada, que llamamos cancrena, con poco sentido; y luego se proveyó en sacarla y lavarla y poner su unguiento egipciaco. Y al otro dia, viendo que la corrupcion iba adelante y que ya se podia decir fuego de Santo Anton, que nosotros llamamos estio-
meno, fué menester aplicarle tres ó quatro cauterios de fuego; y con esto y otros beneficios se atajó el fuego y fué la llaga mejorando. Y como los otros remedios universales de sangría y farmacia, en tal caso necesarios, no tenian lugar en S. A. por no consentirlos, y la calentura estaba siempre muy crecida, dende á seis ó siete dias, no consintiéndose se volver del otro lado ni buenamente limpiarse, se le hizo otra llaga mayor en la otra nalga de la misma cualidad y especie de la otra. Esta no se pudo tan bien corregir como la otra y se le hicieron otras pequeñas en

derredor; y de aquí fue perdiendo el comer y la virtud enflaqueciendo; fué Dios servido de llegarnos al Jueves Santo de la Cena, en el qual inspiró Dios á S. A. y se reconoció como cathólica cristiana, no habiendo hablado palabra la noche de ántes, hablándole un padre reverendo de San Francisco. Hizo la confesion general y pidió perdon á Dios de sus pecados, conociendo haberle ofendido, y protestó de morir en su Santa fe católica; y no habló más hasta que el Viernes Santo á las seis de la mañana envió el ánima á Dios, con el qual, segun nuestra fe, goza para siempre. Embalsamé yo su cuerpo y se depositó como convenia en la capilla mayor de Santa Clara la Real hasta que otra cosa mande V. M. Y pues Dios fue servido de llevar á la Reina nuestra señora, yo he cumplido la jornada que V. M. me mandó hacer en sacarme de mi casa de Navarra, habré XXI años, sin salir de este lugar de Tordesillas, donde con la mucha costa de mujer é hijos y con tan poco salario y sin hacerme merced á mí ni á mis hijos, he pasado la vida con solo tener dia y vito, sin tener qué dexar á mis hijos. Y pues ya con mi vejez, á cabo de setenta años, no estoy para servir á nadie, suplico á V. M. que para retraerme á mi casa esto poco que me queda de vida, sea servido de mandarme dar el salario que aquí llevaba enteramente.... »

RASGO HEROICO DE LA REINA DOÑA JUANA.—ÚLTIMOS MOMENTOS DE SU VIDA.

Ni las penas y sufrimientos de los extremados celos que tanto mortificaron á la reina doña Juana durante su matrimonio, ni el inmenso dolor que le causó la muerte de su marido, ni la extraña manera de vivir á que se redujo despues de ella, ni el descuido de su salud ni su inmovilidad en Tordesillas pudieron alterar de un modo sensible la fuerza de su temperamento, merced al carácter viril y constitucion robusta con que la habia dotado la naturaleza. Cumplidos los setenta y cinco años de su edad, presentáronse, sin embargo, síntomas característicos de su próximo fin. Dos años hacia que estaba padeciendo de una inflamacion en las piernas y no consintió que se aplicase otro remedio á su mal que baños locales.

El P. Cienfuegos, de la Compañía de Jesus, refiere detalladamente en su obra titulada *La heroica vida, virtudes y milagros de San Francisco de Borja*, los últimos momentos de la vida de la reina D.^a Juana, habiéndose valido para escribir su narracion no sólo de la Historia de la Compañía por el padre Orlandino y de cuantos han tratado de

la vida de S. Francisco de Borja, que asistió á la Reina en sus postreros dias, sino tambien de los apuntamientos del Dr. Herrera, que fué testigo de vista, cuya relacion está conforme con los documentos referentes al mismo particular existentes en el Archivo de Simancas. Por este motivo transcribimos aqui los siguientes datos tomados de la citada obra.

«Habia casi cincuenta años que la reina doña Juana tenia enfermo el entendimiento y aún parecia habersele caido de el alma aquella noble potencia..... Era madre del Emperador Carlos V, cuyo estoque victorioso resplandecia sobre el viento en las cuatro partes del mundo; de Don Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, archiduque de Austria y electo Emperador despues. Sus hijas honraban los cetros de Francia, Hungría, Portugal y Dinamarca. Mas la que habia dado leyes y monarcas al mundo, habia perdido el gobierno de su mesmo albedrio y de aquel breve racional mundo, trabucado el primer móvil de su entendimiento con la muerte de su esposo el rey Felipe el primero. y la muerte ya que no pudo quitar la vida á la Reina que le amaba con más ternura que cuantas se representan en las fábulas y en las novelas, le mató la razon y era más fácil resucitar á su difunto esposo que sacar á su entendimiento vivo del sepulcro, acreditando su amor y su fineza con

la misma locura, que ya ántes habia tenido algun sensible principio, mordido de un áspid su entendimiento.

»Habia sido mujer de más valor que el que suele dispensar la naturaleza á un pecho femenino ; porque habiendo pasado á Flándes, donde estuvo con total olvido de su patria para gastar en el Rey su marido toda la memoria, aunque le tenia presente en Palacio y mucho tiempo á la vista, cuando volvieron á tomar posesion de los dominios de España, en ocasion que el mar fingia bonanza traidora, empezó á soplar un viento tan impetuoso y tan villano que se enfureció no sólo contra las grandes velas sino contra las pequeñas urcas ; cada ola era una tormenta hinchada, porque arrollado en montes de agua todo el Océano, volvia á romper su seno con un bramido, mostrando á los baxeles hondo sepulcro..... Parecia ya inevitable el naufragio y la comun ruina, cada farol se mudaba en fúnebre candela y cada navegante miraba á la muerte fluctuar sobre la ola que venia. Y cuando estaban cubiertos de tristeza hasta el corazon más varonil y más animoso, empezando á naufragar primero en su mismo llanto, sola la más que varonil reina D.^a Juana, con toda la serenidad en el rostro, se vistió de gala y enriqueció el peligro y el traje con todos los diamantes que halló á mano la prisa, adornándose de cintillas para ser víctima, y esperando

así esforzadamente..... Aplacó el mar su fiereza y arribaron á la Coruña á 13 de Abril de 1506.... Y la que á vista de su propia muerte mostró un corazon tan esforzado, en la de Felipe el Hermoso perdió el tino, flaqueando la razon en ménos naufragio, porque el amor era el dueño del baxel..... Habiendo perdido al Rey, su esposo, perdió tambien en el entendimiento la mejor alhaja que le habia dado la naturaleza.

»Entre los accidentes de su locura se hacia más sensible el horror á todo lo que fuese accion de piedad, enfurecida la imaginacion siempre que se le representaba su mayor bien. Habia llegado ya á los 73 años tan robusta como quien no habia desangrado en el discurso las fuerzas más delicadas del alma. Creció la furia por el mes de Enero de 1555, pasando lo más del dia en un lastimero grito, con que aterraba el Palacio y entristecia el pueblo. Dió cuenta de este nuevo accidente el Marqués de Denia á la Princesa doña Juana (1) que al punto despachó un pliego á Borja (el P. Francisco de) para que asistiese

(1) Desde que se agravó la enfermedad de la Reina, el Marqués de Denia se fué á Valladolid para ponerlo en conocimiento de la Princesa D.^a Juana y darle diariamente noticia de su estado. La Princesa pidió permiso á la Reina para irle á ver, pero ésta se lo negó. Sin embargo, fué á Tordesillas con los médicos más renombrados de Valladolid, y apenas le vió la Reina mandóte salir en seguida.

á la infeliz Reina, punto muy recomendado de Felipe II al emprender la jornada. Llegó á Tordesillas el Santo Borja á los últimos de Febrero ó principios de Marzo, donde estuvo hasta los once de Abril, en que falleció doña Juana, aunque algun dia en que no instase el peligro, pasaba arrebatadamente ó á la córte ó al noviciado. Todo este tiempo gastó Francisco en ofrecer á Dios sacrificios y penitencias, oraciones y lágrimas para que resituyese la vida al cadáver de aquella alma. Iba á Palacio, hablaba con blandura á la enferma y parecia que se dexaba lisonjear el desórden escuchando aquella lengua dulcísimamente devota..... Entraba por la mañana á la cuadra de la Reina y hallaba que la obstinacion de la locura iba cediendo á la porfia y que ya el furor declinaba en ternura. Hasta que un dia, habiendo agotado todo el caudal sus ojos en esta súplica y todos los suspiros su confianza, reconoció que el entendimiento de la Reina habia cobrado algunos puntos de armonía..... Esforzó entonces su grito el corazon del Santo, y en cada sollozo inspiraba á su razon enferma nuevo aliento, porque no sólo escuchaba con gusto las exhortaciones de Francisco, sino que prorrumpió en suspiros tiernos, no ya por su jóven galan marchito, sino por su entendimiento tantos siglos difunto, teniendo ya bastante razon para sentir mucho haberla perdido. De este primer natural movimiento

pasó al segundo, más noble y más deseado, llorando sus pasadas culpas con la más cuerda expresion de sentimiento y aún lloraba los excesos de su locura, como si fuese delito la desgracia ó como si pudiese ser culpa el no tener albedrio para cometerla.

El asombro que causó esta mutacion inopinada de la Reina fué como de suceso que no habia cabido en la veleidades de la esperanza..... Iban todos los cortesanos á escuchar desde cerca aquella nueva armonia de una razon milagrosamente concertada; oíanla hablar á su Dueño crucificado con rara ternura y con una viva apacible elocuencia, rebosando ya el entendimiento, no sólo por los labios sino tambien por los ojos. Era menester que Francisco dilatase su pecho para que le cupiese el gozo : confesóla despacio y vió que explicaba su dolor y sus culpas con igual tino que si en aquellos cincuenta años hubiese frecuentado este Sacramento. Con todo eso, porque no instaba el peligro y por satisfacer al vulgo que podria concebir escándalo si se pasase luégo sin exámen más riguroso á darla el Santo Viático, rogó al Marqués de Denia que se consultase en Salamanca si se le podian y debian administrar todos los Sacramentos de la Iglesia..... y aún añadió Borja : Convendria mucho que el maestro Fr. Domingo Soto viniese á la posta, para que formase más cabal juicio del que habia cobrado la Reina. Llegó el doctísimo

Soto, y tomando el pulso á la razon, como médico sabio en la curacion de las dolencias del entendimiento, conoció que no sólo tenía luz bastante para llamarse razon, y sosiego que se apellidase juicio, sino un saber milagroso que tenía algo de infuso, y que así se le debían administrar los Sacramentos sin duda. Con este dictámen la volvió á reconciliar el Santo Borja con tanta satisfaccion suya como llanto de la Reina, originado en el dolor y en el consuelo en sus culpas pasadas y en su presente dicha. Cuando pasaba el Santo Borja á darla el Viático, la sobrevino un vómito, que repetido muchas veces embarazó este consuelo á su espíritu.

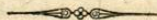
Recibió el Sacramento de la Extremauncion con increíbles señas y expresiones de piedad y caminando ya á la muerte, cercado el lecho de su noble familia. Borja, que estaba con el crucifijo en la mano á su cabecera, la dixo en voz alta que se acababa ya la última hora de su vida y que era menester pedir á Dios con todo el esfuerzo de su alma perdon de todos los excesos con que hubiese ofendido á la bondad y hermosura divina: á que respondió con devota obediencia, con fervor y con ternura, sustituyendo con las acciones y con las lágrimas la expresion embarazosa de la lengua, hiriendo el pecho con flaca mano pero con impulso doloroso. Preguntóle el Santo si quería que en nombre suyo hiciese la protestacion de la fe, si no podia pronun-

ciarla S. M. A esta nueva y más sonora voz, volviendo el semblante halagüeñamente hácia San Francisco de Borja, respondió la reina doña Juana con pasmo de los que estaban á la vista: *Empezad á decir vos el Symbolo de la Fe, para que le vaya repitiendo yo.* Executóse así y la Reina se alentaba, no sólo repitiendo lo que el Santo decia, sino que anticipaba algunas de las cláusulas ella misma, y al acabar dixo: *Amén,* en más corpulenta voz. Dióle el Santo á besar el Crucifijo, y abrazada con él le acercaba ella misma repetidas veces á su boca; y exhortándola Francisco á que le pidiese socorro en aquel paso, exclamó la Reina recogiendo todo el aliento: *Jesucristo crucificado sea conmigo.* Tomó el Santo una imágen de Nuestra Señora y esforzaba á la enferma para que se encomendase á la que era Reina suya, y clavando los ojos en el rostro de la Imágen, la besó los piés con especial repetido afecto, regalándose con la Madre y con el Hijo, hasta que entre uno y otro dió el gemido postrero la noche de Juéves Santo.»

Así acabó doña Juana de Aragon á la edad de setenta y cinco años, cinco meses y seis dias. De los seis hijos que tuvo de su matrimonio con Felipe el Hermoso, le sobrevivieron cinco, Cárlos, Fernando, Leo-

nor, María y Catalina. Isabel hacia ya tiempo que habia precedido á su madre en la tumba. Nunca pudo reina ni emperatriz alguna gloriarse con tan justos títulos de haber tenido tan ilustre descendencia como la reina doña Juana. Príncipes y Princesas de su sangre ceñían ó habian ceñido en sus sienas las coronas de todos los reinos de la cristiandad.

El 15 de Abril fué llevado el cuerpo de la Reina, segun las órdenes de la Princesa Gobernadora, al monasterio de Santa Clara, colocándolo en el mismo sitio donde por mucho tiempo habia estado depositado el del Rey su marido. Allí permaneció hasta el año 1574 en que Felipe II lo hizo trasportar á la capilla real de Granada, colocándolo junto con los restos mortales de Felipe I, que reposaban al lado de los de los Reyes Católicos.



PRIMERA VISITA DE CÁRLOS I Á SU MADRE
EN TORDESILLAS.—INTERESANTE EPISODIO DE LA VIDA DE LA INFANTA DOÑA CATALINA.

Cuando Carlos I vino á tomar posesion de los reinos de España, pasó por Tordesillas con objeto de informarse del estado de salud y modo de vivir de la Reina, su madre, y una vez enterado, mandó anunciar á ésta su venida y la de su hermana la princesa doña Leonor y solicitar una audiencia para Mr. de Chièvres que los acompañaba. Entró éste primero, y despues de haberla hablado de várias cosas que sabia eran de su agrado, la dijo que su hijo y la princesa Leonor deseaban prestarle homenaje. Juana respondió que los veria con placer y que fuese á buscarlos. En el momento en que Mr. de Chièvres iba á salir de la cámara de la Reina, se presentaron en ella Carlos y Leonor, que apenas vieron á su madre la hicieron una profunda reverencia, cuando llegaron á la mitad de la Cámara la repitieron y al acercarse á la Reina se inclinaron hasta el suelo. Carlos quiso besarle la mano, á la usanza de España, pero ella no lo consintió,

antes bien se apresuró á abrazar á sus hijos. «Señora, dijo entónces el Rey, nosotros, humildes y obedientes hijos vuestros, nos alegramos en extremo de veros, gracias á Dios, con buena salud, y há tiempo deseábamos haceros reverencia y prestaros nuestro testimonio de honor, de respeto y de obediencia.» La Reina sólo respondió al principio con una sonrisa, acompañada de un movimiento de cabeza; un momento despues, cogiendo las manos á sus hijos, les dijo: «¡Pero sois en verdad mis hijos? ¡Cuánto habeis crecido en poco tiempo! Mas sea enhorabuena y loado Dios por ello. Ciertamente, hijos míos, habeis pasado muchas penas y trabajos viniendo de tan léjos y debeis hallaros fatigados; y pues que ya es tarde, lo mejor ahora será que os retireis á descansar hasta mañana» (1). Carlos I comprendió que era necesario dar por terminada esta primera visita y se retiró con su hermana y las personas que los acompañaban, quedando con doña Juana Mr. de Chièvres. Dióle éste á entender que para su mayor comodidad y reposo, y á fin de que su hijo aprendiese en vida de ella á regir su pueblo, convenia que le confiase desde aquel instante tan difícil cargo, á lo que la Reina contestó que tenia razon y que de buena vo-

(1) Relacion de Lorenzo Vital, que iba con la comitiva del Bey.—Gachard: *Jeanne la folle et Charles V.*

luntad consentia en que su hijo Carlos gobernase sus reinos en su nombre. En las demas entrevistas verificadas los dias siguientes, la Reina mostró á sus hijos mucho amor, en especial á Carlos, porque segun decia, teniéndole presente recordaba á su difunto marido.

Vivia desde su niñez con la reina doña Juana su hija menor la infanta doña Catalina, y al verla en esta visita sus hermanos Carlos y Leonor, no pudieron ménos de experimentar alegría y pena. Alegría porque esta Princesa, que iba á entrar pronto en los once años de su edad, era la más hermosa de los hijos de Felipe I y la que más recordaba la fisonómia de su padre: pena, por la triste vida que llevaba al lado de su madre y por el desaliño y miseria de sus vestidos, que se reducian á una saya de paño ordinario, una especie de manteleta de cuero y un adorno de cabeza de tela blanca; tal era la voluntad de su madre, que tambien vestia de paño comun, color gris. Habitaba la pobre infanta un cuarto detras del de su madre, donde estaba casi siempre retraida sin más compañía que la de dos mujeres ancianas que la servian. Con objeto de procurarla alguna distraccion, habia hecho abrir el gobernador del palacio una ventana en su cuarto desde donde pudiese ver á la gente ir á misa y á paseo, los caballos que conducian al rio y los niños que por allí jugaban. Para atracer á es-

tos, dice Lorenzo Vital, «porque los niños aman á sus semejantes» y para excitarlos á jugar delante de ella, les echaba algunas monedas.

Vivamente afectado el rey Carlos de la situacion de la Infanta su hermana, preocupábale siempre la idea, despues de su visita al palacio de Tordesillas, de sacarla de aquel miserable estado. En las conversaciones que esta jóven Princesa tuvo con sus hermanos, les manifestó ingénuamente la pena con que vivia y el anhelo de verse tratada y educada como ellos. Carlos, de carácter noble y compasivo, no pudo ménos de prometerla que se cumplirian sus deseos. La dificultad, sin embargo, estaba en sacarla de Tordesillas, porque la Reina no consentiria de modo alguno en separarse de su hija. Por otra parte, arrebatarle la Infanta sin que ella se apercibiese, era difícil, no sólo porque no la perdía de vista, sino porque para salir de palacio tenía por precision que pasar por su cámara, y cuando todo esto se consiguiese, quedaba el probable temor de que al notar doña Juana la falta de su hija se irritase en extremo y sufriese mortales tormentos. Verdad es que el Rey Católico, de regreso á Castilla en 1507, habia traído á su córte al infante D. Fernando, que tambien pretendia la Reina retener á su lado, y pasados algunos dias no volvió á acordarse de él; pero ahora el caso era bien diferente porque el Infante se habia criado

léjos de la Reina, mientras que doña Catalina no se habia apartado de ella desde su nacimiento.

A pesar de todo, Carlos resolvió intentar la empresa.

Habia entre los servidores de la Reina uno llamado Beltran Plomont, en el que tenía entera confianza y que entraba y salia en su aposento y en el de la Infanta cuando queria, sin que nadie se cuidase de él. Encargó Carlos se le preguntase si quería secundar sus intenciones y podria realizarlas sin conocimiento de la Reina, y Plomont no sólo contestó que estaba dispuesto á ello sino que trazó el plan de la evasion, que fué aprobado por el Rey.

La cámara en que dormia doña Catalina estaba contigua á la extremidad de una galeria y separada sólo de ella por un muro de tierra, que por el interior de la habitacion estaba colgado de tapicería y por el exterior cubierto de tela estoposa para apagar el ruido que los pajes ú otras personas hicieran al atravesar la galeria. Al anochecer, cuando ya nadie pasaba por ella, ocupóse Plomont en abrir en el tabique del cuarto de la Infanta un hueco por donde él pudiese penetrar, trabajo que cumplió con tanta precaucion y habilidad que ninguna sospecha concibieron las camaristas de la Infanta. Terminados sus preparativos, el Rey fijó para el rapto de doña Catalina la noche del 12 al 13 de Mar-

zo. El Señor de Trazegnies, gentilhombre de la infanta doña Leonor, recibió orden de hallarse en Tordesillas con algunas damas de ésta y una escolta de doscientos gentileshombres á caballo. A la una de la mañana llegó al sitio designado. Con arreglo á las instrucciones que se le dieron, no debía entrar en la poblacion ni aproximarse al palacio, sino esperar en el puente del Duero á que le entregasen la Infanta. Advertido Plomont de su llegada, entró sin hacer ruido en la cámara de doña Catalina, tomó la luz que alumbraba todas las noches la estancia y fué silenciosamente á despertar á la camarista de la Infanta más particularmente encargada de la guarda de su persona; pero esta mujer, al ver un hombre en aquel lugar y á semejante hora, se sobrecogió al principio, mas reconociendo despues á Plomont, se tranquilizó.

Declaróle éste la comision que traia del Rey y le invitó á despertar á la Infanta. Hizose así y entónces él se presentó á la Princesa y le dijo que el Rey, queriendo cumplir su promesa de libertarla de la reclusion en que vivia, la enviaba á buscar por el Señor de Trazegnies que estaba á la entrada del puente con muchas damas y caballeros para acompañarla. Doña Catalina, dotada no sólo de un excelente natural sino tambien de penetracion superior á su edad, respondió á Plomont: «¿Os he entendido bien, Beltran? Mas, ¿qué dirá la Reina mi madre cuando sepa

que ya no estoy aquí? Dispuesta me hallo á hacer lo que el Rey mande por vuestro conducto; sin embargo, me parece sería mejor que yo quedase secretamente en Tordesillas en alguna casa particular, hasta ver cómo la Reina toma esto; si se conformase, partiria al lado de mi hermano, y si se descontentase mucho, se le daría á entender que, hallándome indispuesta, habian prescrito los médicos que cambiase de aires y se haria como que me venian á buscar para volver á su compañía.» Plomont le manifestó las órdenes terminantes que tenia del Rey, y entónces consintió en vestirse, no sin verter muchas lágrimas, por no poder despedirse de su madre. Hizola pasar Plomont por la abertura hecha en el muro, y asimismo á las mujeres que estaban en su cámara, y la entregó al Señor de Trazegnies, que despues de haberla acomodado en una litera caminó para Valladolid, adonde llegó el dia 13 dejando á doña Catalina en el palacio de doña Leonor, próximamente situado al del Rey.

Cuando se supo en la córte la llegada de la jóven Princesa, hubo general satisfaccion y todos manifestaban vivos deseos de verla. Por orden de la infanta doña Leonor se trocaron los mezquinos vestidos de su hermana por otros más conformes con su rango, que hacian resaltar á maravilla su cándida belleza y sus gracias naturales. «Yo la vi, escribe Lorenzo Vital, entrar y salir de la cá-


mara de su hermana por una galería, llevándola de la una mano el Señor de Trazegnies y Madama de Chièvres de la otra, sosteniendo doña Ana de Beaumont la cola de su vestido, que era de satén, color violeta, recamado de oro y teniendo la cabeza adornada á la usanza de Castilla.....»

Al otro día de su llegada hubo justas, que debían durar muchos de los siguientes delante del palacio del Rey, y con ellas, las danzas y otras diversiones la Infanta se regocijó mucho. Toda la corte respiraba alegría, pero ésta fué de corta duración.

El día 13 la reina doña Juana mandó llamar á su hija por una de sus camaristas, la cual, no hallando á la Infanta ni á ninguna de las mujeres que la servían se asustó tanto que no se atrevió á presentarse á la Reina. Ésta, impaciente, fué ella misma al aposento de la Princesa, y al cerciorarse de que su hija no estaba en él, su inquietud igualó á su sorpresa. Miró y remiró todos los rincones de la cámara, y habiendo levantado la tapicería que cubría el muro contiguo á la galería, descubrió el hueco por donde habia salido la Infanta. Comenzó entónces á gemir y gritar lastimeramente, declarando que estaba resuelta á no comer, beber ni dormir hasta tanto que le devolviesen su hija. La infeliz Reina no sospechaba la verdad, sino que se imaginaba que algunos malhechores se la habian arrebatado.

Beltran Plomont, que observaba todos sus movimientos, al verla tan profundamente afligida, trató de calmarla, diciéndola que la Princesa no podia haberse perdido, que pronto recibiria buenas noticias de ella, que iria á dar cuenta al Rey de lo sucedido, que por todas partes se indagaría el paradero de la Princesa, cuyo resultado no podia ser dudoso, y en fin, que la suplicaba que se tranquilizase y tomase alimento como de costumbre. Doña Juana hizo poco caso de estas razones, y le respondió: «No me habéis, Beltran, de comer ni beber, porque no lo haré hasta que haya recobrado á mi hija.» Pasados así dos días y pareciendo inquebrantable la determinacion de la Reina, Plomont, que aún no habia avisado nada de esto al Rey, consideró que era ya imposible diferirlo sin faltar á sus deberes. Fué á Valladolid y el rey Carlos se afligió sobremanera al saber la desesperacion de su madre; y si bien le costaba mucho renunciar á los proyectos que habia formado para la educacion de su hermana, no vaciló un momento en su resolucion, mandó llamar á doña Catalina y la anunció que era necesario que volviese al lado de la Reina. La amable niña, cuya nueva vida tanto la agradaba, respondió al Rey, sin llorar ni mostrar enojo, que estaba pronta á cumplir lo que él la mandase. Carlos acompañó á su hermana á Tordesillas y confesó á su madre que por orden suya habia sido llevada doña

Catalina á Valladolid, porque no podia desatender las continuas quejas de los grandes, descontentos de la reclusion en que vivia la Infanta, sin ver á nadie ni tener el menor recreo. Añadió que para quitar todo objeto de murmuracion, habia resuelto, si á la Reina le parecia bien, organizar su casa de manera que entrasen á formar parte de ella jóvenes de ambos sexos de distinguida condicion, que hiciesen compañía á la Infanta y la distrajesen, y que ademas, cuando el tiempo fuese favorable pudiese salir de palacio y respirar el aire puro del campo. Consolada doña Juana con la vuelta de su hija, accedió con facilidad á todo lo propuesto por el Rey. Vióse, pues, doña Catalina reducida á pasar casi toda su infancia y juventud en el triste palacio de Tordesillas, del que no salió hasta el año 1524 para casarse con Juan III, rey de Portugal.



LAFUENTE.— *Historia de España*, t. X, capítulo XXII.

Todo el afan del nuevo rey de Castilla, el archiduque Felipe, tan luégo como se vió desembarazado del rey Fernando, su suegro, era hacer que se pusiese en reclusion á la reina doña Juana, su esposa, en virtud de la enajenacion mental que padecia. entregándole á él solo el gobierno del reino; y así lo propuso á las Córtes que se hallaban reunidas en Valladolid. Doña Juana, *cuya demencia nunca se ha podido calificar bien*, quiso revisar por sí misma los poderes de los procuradores para ver si los llevaban en regla. Aunque D. Felipe contaba para el logro de sus pretensionas con el beneplácito de muchos grandes, y principalmente del Arzobispo de Toledo, que era el que privaba más con él entónces, opusieronse rigurosamente los procuradores de las ciudades, enérgicamente apoyados por el Almirante de Castilla, deudo de la familia real, que como ellos se irritaba de que se quisiese tratar á su Reina de una manera tan indigna. Así fué que en aquellas Córtes no se hizo sino jurar á doña Juana como Reina propietaria de Castilla, y á D. Felipe como á su legítimo